

LA PRINCESA MORADA

Nunca olvidaré aquella mañana en la que mi padre me disfrazó de la Princesa Morada. Cuidadosamente me vistió con una camiseta, jersey y pantalón morados. Después se dispuso a decorar mi cara, noté cómo una pintura negra se deslizaba alrededor de mi ojo y sobre mi mejilla. Cuando me miré al espejo, vi que mi padre había dibujado una especie de muñeco sin piernas y le dije: < ¡Pues vaya princesa fea! > Mi padre se echó a reír y me contestó: < Es el parche de la Princesa Morada. > Yo contesté: < ¡Pobrecita! ¿Qué le ha pasado? > Él respondió: < Le han tratado mal en el pasado y no queremos que eso vuelva a ocurrir. > Después me llevó a dar un paseo por las calles de Madrid, había muchísimas mujeres vestidas de Princesa Morada, gritando cosas que me resultaban difícil entender. Disfruté del ruido y de la multitud, pero sobretodo, de lo orgullosa que estaba de ir de la mano de mi padre. Mucho tiempo después comprendí que mi padre me había llevado a una marcha contra la violencia de género y que en mi cara estaba pintado el símbolo de la mujer. Siempre admiraré el ejemplo de mi padre por ir a dar voz a esos hombres que cuidan y respetan a las mujeres. Ahora comprendo que él quería reivindicar que nadie tiene derecho a maltratar a las Princesas Moradas. Hoy día 25 de noviembre, vamos mi marido, mi hija de cinco años y yo a una marcha contra la violencia de género y espero que esté lleno de Princesas, pero sobre todo, de Príncipes Morados.